

DON EDUARDO BENOT

REGIÓN

Yo soy lo que me ha hecho
Mi madre la región.

Nacer me vió la espléndida
Región de Andalucía,
Donde es azul la atmósfera,
Seren y claro el día,
La tarde de oro y púrpura,
La noche de astros mil.

Al alba, en el crepúsculo,
Yo ansiaba ver las flores,
Brotando de sus cálices
Delicias en colores,
Y dando en tenues átomos
Aromas al Abril.

El sol fulgura, y múltiples
Chispean en la fronda
Con luces intensísimas
Diamantes de Golconda,
Que azul irradian y ópalo
Con fuegos de arrebol.

Por rara metamórfosis,
Las gotas del rocío
Se irisan en los pétalos,
Cual púdico atavío
De novias y de vírgenes
Besadas por el sol.

Yo ansiaba el espectáculo
Gozar del sol poniente,
Por ver al disco fúlgido
Flotar en oro ardiente,
Y en púrpura magnífica
Cual ascua descender.

Yo vi terribles cráteres
En negros promontorios,
Y espejos en las cúspides
De pórpidos ustorios,
Tratando con sus ráfagas
Las costas de encender.

El árbol tiene rítmicos
Eróticos murmullos;
Las voces de los céfiros
Idílicos arrullos,
Y entonan fieros cánticos
Las olas de la mar.

Aquí admiran en éxtasis
Bellezas los sentidos;
Los ojos formas plácidas;
Cantares los oídos;
Que luz mi tierra y rítmica
Se place en derrochar.

Tal vez fingen alcázares
Las nubes en la altura,

Con torres de caótica
Gigante arquitectura,
Que forman como un dédalo
Velado en negro tul.

A veces pulpos horribos
Se cruzan con serpientes,
Y enredan los tentáculos
Con uñas y con dientes
De monstruos que el espíritu
Se forja en el azul.

Al fin tronando anárquicas
Embisten las tormentas;
Las olas piden victimas,
Encrépanse violentas,
Y es vano de sus impetus
La furia resistir.

En horrida caligine
Su faz el sol oculta;
Descuájanse los árboles:
Sus márgenes sepulta
Con gritos el mar lúgubres;
Que el mar parece hervir.

¿Por qué, rocío fúlgido,
Te finges pedrería?
¿Por qué, sol, ese escándalo
De luz y argentería,
Con tanto brillo efímero
Sin nada de real?

Créar quiero en dos pléyades
Poetas y pintores;
Porque esos cuadros célicos
De luz y de colores

Engendran la recóndita
Noción de lo idéal.

Así, yo vivo en cármes
De luz y colorido:
Cual va al Norte la brújula
Yo voy donde he nacido,
Girando siempre en piélagos
De luz y de color.

Nací en Cádiz la espléndida,
Joyel de Andalucía,
Donde es azul la atmósfera
Y alegre y claro el día:
Por eso hablo en imágenes,
Por eso soy pintor.

Así, región diáfana
Yo soy lo que me has hecho:
Tu sol es quien los gérmenes
Anima de mi pecho;
Y el sol y el mar cual númenes
Por siempre he de adorar.

Aquí admiran extáticos
Bellezas los sentidos;
Los ojos formas plácidas;
Cantares los oídos,
Que luz mi tierra y fítmica
Se place en derrochar.

Yo, el hijo de estas márgenes.
Derrocho cuanto heredo:
Si no me véis más pródigo,
Decid que más no puedo:
Por eso soy fantástico,
Poeta y soñador.

Naci en Cádiz la espléndida,
Joyel de Andalucía,
Donde hay azul atmósfera
Y alegre y claro día...:
Por eso hablo en imágenes,
Por eso soy cantor.

ILUSIÓN

I

Corre el agua sobre arena
De partículas de oro,
Y con voz canta serena
Dulce cántico sonoro.
— ¡Mira, mira, caminante,
¡Cuán tranquila es mi corriente!
¡Cuán hermoso y transparente
Es el cielo en mi cristal!
¡No ves peces placenteros
De carmín y oro encendido?
Mira al sol ya confundido
Con la arena y el coral.
«¡Oyes cómo canta oculta
Tras las peñas de mi orilla
Pura náyade sencilla
Canto tímido de amor?
Oye aún esos cantares
Con que alegre la acompaña
Escondido entre la caña
Aire vago y silbador.

«Aquí nunca el febeo rayo
Abrasó terso semblante;
Ven al agua, caminante,
Ven tu ardor á mitigar.
En la noche aquí el destello
De la luna es misterioso;
Y el lenguaje es delicioso
De mis linfas escuchar.»

Corre el agua transparente
Por las márgenes de oro,
Y en el aire dulcemente
Vaga el cántico sonoro.
— Puro río, puro río,
(Dice alegre el caminante)
¿Eres bello desvario
Imposible y seductor?
¿Huyo el aura abrasadora
Y por tí la dejó alegre?
¿En tu linfa encantadora
Mitigar podré mi ardor?»
Y corriendo por la arena
De partículas de oro,
Más la voz era serena
Del cantar dulce y sonoro.
— Este sol que tanto brilla
Brilla trémulo en tu seno;
Y los tilos de tu orilla
Invertidos todos son.
¿Son enigmas rutilantes
De imposible arquitectura?
Quiero ver si esos cambiantes
Son certezas ó ilusión.»

Corre el agua mansamente
Por las márgenes de oro,
Y cual nunca dulcemente
Suena el cántico sonoro.

II

Y el viajero entusiasmado
Hasta el agua se llegó,
Y, al tocarla, el cuadro ansiado
De su vista se ahuyentó
Por mil círculos borrado.
Mas el agua mansamente
Por las márgenes de oro,
En su límpida corriente
Murmuraba dulcemente
Siempre el cántico sonoro.
¡Ay del triste caminante.
Que el falaz cántico oyó!
¡Ay! que á oirlo se paró,
Y con crédulo semblante
Al cristal luego llegó!
Ya del agua engañadora
No se puede separar,
Aunque no hay mayor pesar
Que mirar lo que se adora
Sin poderlo disfrutar.
Y jamás toca el cuitado
Aquel cielo de zafir,
Ni halla nubes ni arbolado;
Que á reflejos sólo es dado

Cielo y tierra confundir.
Y mofando de su lloro,
Aquel agua mansamente,
Por las márgenes de oro
Va cantando dulcemente
Siempre el cántico sonoro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

10507

DON EUSEBIO BLASCO

LA ORACIÓN

¡Oid! Con són doliente que el ancho espacio hiera,
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confin del mar.
¡Oid! Allá en la torre voltea la campana
Que al corazón infunde la santa fe cristiana
Y anuncia un día menos en el que va á espirar.
Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya á lucir.
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.

El pájaro nocturno se cierne en la montaña,
Los perezosos bueyes, tornando á la cabaña,
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer,
Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando á perecer.

La sombra se alza y crece, la noche avanza oscura;
Silencio reina en torno del monte y la llanura

Y el campo no repite ni el más leve rumor,
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la oscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.

¡Orad! Que son momentos de meditar en calma,
La luz que espira infunde recogimiento al alma
Y plácidos alivios al cotidiano afán.

¡Orad! que la campana, con fúnebre armonía,
Recuerda en los celajes del moribundo día
Las horas que se alejan, los días que se van.

Orad, y á Dios fervientes alzad los corazones,
Y el alma en el crepúsculo sus breves ilusiones
Aprenda en las imágenes que mira por doquier.
La vida es luz poniente, sol que fugaz refleja,
La flor que se marchita, y el humo que se aleja,
Hoja que el viento lleva rodando á fenecer.

Orad, y en estas horas de calma y de reposo,
Serena el alma siga su rumbo proceloso
Del mar del infinito bogando en la extensión.
¡Orad! Que nadie sabe si existirá mañana,
Y lenta resonando la fúnebre campana
Nos une al cielo amante con ecos de oración.

Del libro titulado SOLEDADES

Mientras alegres cantan tiernos poetas
Del campo en luz bañado la lumbre pura,
Y el balsámico aroma de las violetas
Y la fuente sonora que amor murmura;
Mientras brindan amores, de encantos llenos,
Las flores de los valles, la luz del día,

Y los limpios arroyos corren serenos,
Y en los álamos verdes la alondra pía;
Mientras mece sus hojas la esbelta palma
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,
Y al arrayán silvestre la brisa orea;
Mientras suenan canciones en las cabañas,
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,
Y el sol dora las cumbres de las montañas,
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,
Y en el mundo se anuncia la primavera
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.
Ven, que ya el aposento donde te pido
Confesión de mil sueños, que tú no sabes,
Tibio está y aromoso como está el nido
Donde el canto primero lanzan las aves.
Ven, que ya entre la leña que se consume
La moribunda llama tiembla y ondea,
Y al aire en que respiro falta el perfume
Que tu aliento de rosa siembra y orea.
Ven, que los verdes troncos crujiendo lloran,
Y los blandos asientos junto á la lumbre,
Convidan al secreto con que se adoran
Los que de amar á solas tienen costumbre.
Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.
Yo te diré entre tanto que el aire hiere
Los entornados vidrios con dulces sonos,

Lo que se siente viendo la luz que muere
Cuando envuelve la sombra dos corazones.
Te diré los tormentos en que me agito
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,
En insomnio de amores febril palpito
Devorando en silencio mis hondas penas.
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada
La rosa que en secreto me diste un día,
Y á deshora me cuenta con voz callada
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.
Donde quiera que tornes tus ojos claros
Verás que tus recuerdos forman mi culto,
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,
Y al apagar la llama sus resplandores,
Darán dulces perfumes al tibio ambiente
Dormidas en sus vasos las frescas flores.
Aquí donde no alcanza la vista humana
Sentiremos corrientes fascinadoras,
Y pensando en que nunca llegue mañana
Dejaremos que pasen lentas las horas.
Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros labios los corazones;
Aquí oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo,
Cuando el último rayo nos mande el día,
La lumbre con su vago dulce murmullo,
La péndola con triste monotonía.
Resonará en mi pecho, rápido y breve
El suspiro medroso que amante exhalas,

Como el dulce aleteo tímido y leve
Con que el amor en torno cierne sus alas.
¡Boguemos en la sombra con rumbo á un cielo
Que oculta entre sus nubes luciente día!
Deja que nuestras almas rompan su vuelo
Navegando en las ondas que el aire envía.
En las masas informes del ancho espacio
Y en la niebla flotante de mil vapores,
Levantaron los genios aéreo palacio
Donde cantan tus glorias y mis amores.
Yo te guardo una patria desconocida
Y en su región sin nombre serás señora;
Nuestro ambiente es la niebla descolorida,
Nuestro mundo la sombra desoladora.
Boguemos como el aire sobre la espuma,
Volemos como el viento que va perdido,
Y rompiendo anhelantes la densa bruma
Busquemos otro mundo desconocido.
¡Espíritus errantes y misteriosos
Que vagáis del espacio por las regiones,
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos
Hallen su dulce asilo dos corazones!
¡Ay bien del alma mía! ya tu sonrisa
Me anuncia tu partida tan dolorosa,
De la tarde al perderse la última brisa
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.
Ya para abandonarme sin que te vean,
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;
Déjame que mis labios tu velo sean
Y que ardientes se posen sobre tu velo.
Que al escuchar cual dulce postrero goce
Tus pasos temerosos perderse iguales,

De la crujiente seda sintiendo el roce,
Como de mariposas en los rosales;
Llorando tus ausencias que son tan largas,
Cayendo en el hundido sillón de raso,
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas,
Conservaré mi oído tu último paso.
Y al amor de la llama que con su lumbre
Renovará en mi mente dulces ideas,
Comenzaré á escribirte, según costumbre,
La carta que comienza: «¡Bendita seas!»

DON JOSÉ M. DE MARTORELL Y FIVALLER

(*Duque de Almenara Alta*).

LAS DOS BELLEZAS

La tarde espira en las postreras galas
Envuelta de su lumbre;
Ya la noche cobija con sus alas
Los llanos y la cumbre.
Ébria la tierra de nocturno encanto
Ahoga todo acento;
Ni el hombre tiene voz, ni el ave canto,
Ni suspiros el viento.
Súbito un rayo la estrellada cumbre
Del firmamento hiende,
Y desatado en lluvia de alba lumbre
Á la tierra descende.
Á su riego de aljófares la loma
Como un astro fulgura;
La luz el curso de los valles toma
Y enciende la llanura.
Llevada de esas ondas de fulgores
Por la inestable corriente,

Como en lecho purísimo de flores
Tendida blandamente,
Cándida virgen, al sombrío campo
Donde mi angustia mora,
Llega serena, como al bosque el lampo
De la púdica aurora.
Yo me arrojo á sus pies, yo la contemplo
Y la bendigo y lloro;
Mas no; no es ella el ángel que en el templo
De mi espíritu adoro.
—Huye—su diestra en mi abrasada boca,
Murmuró tristemente;
Huye el recuerdo que en mi seno evoca
La calma de tu frente.
No es tu beldad como el festivo halago
Del céfiro tranquila,
No es el iris de paz que cerca vago
Tu espléndida pupila;
No es el candor que borda tu semblante
De luz de primavera,
No es tu anhelo infantil, dormido amante
Que amar despierto espera;
No es el Edén de plácida ternura
Que me ofrece tu calma,
No eres tú, no eres tú, yerta hermosura
El cielo de mi alma.
Hijo del ronco mar, adoro el trueno,
El rayo, la tormenta,
El vendaval que en piélagos de cieno
Sobre el valle revienta:
El crujir de las hojas que amontonan
Los vientos otoñales,

El rodar de las aguas que abandonan
Rugiendo los riscales,
El correr de los astros y las nieblas
En belicosa gira,
La lidia de la luz con las tinieblas
Cuando la tarde espira;
Ecos que luchan para hurtar al viento
El rumor de un sonido,
Piedras que afrontan en su eterno asiento
Las olas del olvido;
Razas que alientan en febril orgía
De hirvientes veleidades,
Almas que enfrenan la inmortal porfia
De amadas tempestades.
Hijo del ronco mar, la guerra adoro;
Purísima azucena,
De tu hermosura angélica el tesoro
Mi angustia no refrena.
Amante serafín, tiende las alas,
Remonta el casto vuelo;
Sea el fulgor de tus virgíneas galas
Aurora de otro cielo.
Y en tanto yo, cuando el cercano monte
Huya la blanca luna,
Y no esclarezca el pálido horizonte
Rastro de estrella alguna,
Del manto de la noche rizo leve,
Nacer ante mis ojos
Una nube veré de crespas nieves
Envuelta en cercos rojos;
Nube de tempestad, el rayo anida
Flamígero en su seno,

La lluvia torrencial, la enronquecida
Voz con que ruge el trueno.
Nube de tempestad que rauda asoma,
Y crece y se agiganta,
Y el campo etéreo cubre, el aire doma
Y con su calma espanta...
¡Oh! mira, mira; como un rasgo breve
De combatida lumbre,
Ya un celaje de púrpura y de nieve
Borda la etérea cumbre;
¿Oyes el trueno, voz de la tormenta
Que encarcelada brama?
Así oculto un incendio mi alma alienta
Que espacio y luz reclama.
¿El relámpago ves que serpentea,
Y alumbra y palidece?
Así rauda mi dicha centellea
Y así se desvanece.
Mira, el celaje audaz ya entolda el cielo
Y la tierra ilumina
Con su espantable horror; ya anuncia el duelo,
Ya engendra la ruina.
¿Será tal vez que en líquido torrente
Su ceño desatado
Ni aun sombra deje de verdor viviente
En monte, bosque y prado?
No, no; la torva nube para y ceja,
Se rompe y se deshace,
Y á través del vapor que ondeando deja
Mi blanca aurora nace.
En los campos del sol, montes de flores
Que cerca un mar bravío;

Alli el templo, el altar de mis amores,
Alli el ídolo mío.
¡Es ella, es ella! Aún lleva en la mejilla
Los dejos del quebranto,
Aún en sus ojos el contento brilla
Entre nubes de llanto.
Amor que lidia y vence: es ella; es ella;
Su pálido semblante,
Sus negros rizos, la febril centella
De su mirar radiante,
Su dulce sonreír, miel de los labios
Que á gozarlos provoca,
Mi placer, mi esperanza, mis agravios
Pendientes de su boca.
Mírala, es ella; póstrate conmigo;
Cuando ausente la imploro
Con la callada noche por testigo
Viene á calmar mi lloro:
Al viento dando la medrosa bruma
Su rostro de ángel brilla,
Mientras huella su pie nubes de espuma
Que toca y no amancilla.
Tenues celajes de amaranto y rosa
Circundan su albo asiento,
Flotante pabellón de lumbre undosa
Le trenza el firmamento.
A sus plantas abate lisonjera
Sobre el suelo las alas
De su pródigo amor la primavera,
Y lo cubre de galas.
Ciñese el risco de arreból naciente,
Arde y humea el monte,

La cumbre es un incendio, un mar hirviente
De luz el horizonte.
Lleva do quier preñada de contento
El aura su rocío,
Envidia da la flor, envidia el viento,
Envidia el gozo mío.
¡Dame el laúd! La máscara de hielo
Que finge mi semblante
Caiga rota á mis pies. ¿Quién ve mi anhelo?
¿Quién mi delirio amante?
Ojos, en vano del temor regidos,
No dáis al mundo enojos.
¡Llegad á quien suspende mis sentidos
Miradas de mis ojos!
Himno del alma que al nacer espiras
Ahogado en mi garganta,
Ni los celos te acechan, ni las iras:
Mi amor, mi gloria canta.
¡Dame el laúd! Mi amada por testigo;
El solitario encanto,
Tu asombro, mi placer... ¿Quién, quién con-
No adora el propio llanto? [migo
Cándida virgen que en la diestra el ramo
Llevando de la oliva,
Me ofreces con tus ojos por reclamo
Toda un alma cautiva:
Amante serafín, tiende las alas,
Remonta el casto vuelo:
Sea el fulgor de tus virgíneas galas
Aurora de otro cielo.

DON AMOS ESCALANTE

BREZOS

Patiens solitudinem.

—«Antes que al sol y al aire en los rastrojos
La plateada estela de la oruga,
En el cristal de los humanos ojos
La lágrima se enjuga.

De cauce ó brisa si el susurro blando
Nunca del valle á acariciarme sube,
¡Cuál me consuela sobre mí llorando
La pasajera nube!

¡Ay de la flor cautiva de la fama,
Engreída en su gloria y su fortuna,
Cuando agonicen yertas en la rama
Sus hojas una á una!

¡Ay cuando mire en su fatal ocaso
Gozarse el odio, sonreír los celos,
Y no la endulcen el amargo paso
Los desdeñados cielos!

Mi soledad en la montaña adoro,
Más claro el cielo de estas cumbres miro;

— 55 —

Nadie aquí sabe cuándo río ó lloro,
Nadie por qué suspiro.

Si otro que aquel en quien su amor espera
Las ansias de una flor adivinara,
Por desleal, por vana se tuviera,
En su rubor se ahogara.

En estos montes donde vivo y brota
Agreste manantial, hondo murmura
El ¡ay! del agua entre las peñas rota
Y el viento de la altura.

Voces de tempestad que me arrullaron
Y el corvo tallo en que nací mecieron,
Si colores de alegre me robaron,
De amante me los dieron.

Púrpura triste, túnica y sudario
De mártir, no de rey, descolorida,
En la penosa cuesta de un Calvario
Es gala de mi vida.

Es mi aroma sutil ¡cuántos le niegan!
Las pocas almas cuyo gusto halaga
A comprender de un desdeñado llegan
Cómo querido paga.

Su cabello perfume ó su justillo
Si me coge al pasar la montañesa,
Y aroma el vaho de su hogar, si brillo
Al fuego hecha pavesa.

Nadie aprendió en la gándara bravía
Qué es desagradecer, ó qué es olvido:
A la más pobre flor y más sombría
El sol ha sonreído,

Y la silvestre miel que fosca abeja
Sorbe en sus jugos y en panales cuaja,

010597

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA
Año. 1925 MONTERREY MEXICO

Si á la de flor ninguna se asemeja
¡A cuántas se aventaja!...

Obscuro es mi decir; no sé los nombres
Cuantos de vida y alma han de saberse;
El hablar de una flor al de los hombres
¿Cómo ha de parecerse?

Mas una sola voluntad ordena
Las regias glorias del humano acento
Y el ruido obscuro que en mis hojas suena
Mecidas por el viento...

¡Oh rudo monte! ¡oh patria! si soñamos,
Cuando en el cielo que tan alto vemos
Patria más venturosa imaginamos,
Soñemos ¡ay! soñemos.»—

EN EL SARDINERO

En estas aguas azules
Tus claros ojos posaste
Y de estas aguas los míos
No aciertan á separarse.

¡Qué busco en ellas! preguntan
Cuantos me ven en su margen,
Con el sol de la mañana,
Con la estrella de la tarde.

¡Qué busco en ellas! preguntan:
Necios sin duda, no saben
Que no estuviera en la orilla
Si algo en las olas buscarse.

Mirándose en sus colores,
Como en tus pupilas antes,

Mi corazón se decía
Si es posible no adorarte;
Si habrán de ser sus tristezas
Cuanto profundas durables,
Y si hay culpa que del cielo
Merezca rigor tan grande,
Como haber rendido el alma
A mujer que tanto vale
Y encontrar solo en la suya
Invencibles frialdades.

Loco me llaman y aciertan,
Que es locura miserable
En soñados imposibles
Cifrar deseos y afanes.

Mas ¡ay! la razón me sobra
(¡Plugiera á Dios me faltase)
Para sentir tus desdenes,
Para llorar mis pesares;

Para entender que es la vida
Corta en bienes, rica en males,
Sin número sus dolores
Y los míos incurables.

Para alma á quien un deseo
Punza y no logra matarle,
Aun el espacio infinito
De su pensamiento es cárcel.

Presas entre sus angosturas
Desesperada combate
La mía, y no alcanza fuerzas
Para desencarcerarse...

El viento calla escondido,
Dormidas las olas yacen,

¡Oh, quién el sueño dichoso
De su inmensidad gozase!
¡Cuánto de tí me revelan
Sus misteriosos cristales!
De ellos tienes lo profundo.
¡Si tuvieras lo mudable!

EL OLIVO

—«Vense mis hojas tristes, y apagado
Su brillante matiz, desde que yerto
Y angustiado Jesús dejó en el huerto
Mi tronco en sangre y en sudor bañado.

Mas del santo rocío penetrado
A eterna vida en nuevo sér despierto
Y cuando el campo palidece muerto
Soy de verdor perenne coronado.

Fecundizada en el temprano brote
Por lágrimas de un Dios la savia mía
Unge al monarca y unge al sacerdote,
Y dejóme del huerto la agonía
Paz en mis ramos que la guerra acote,
Luz en mis frutos que dilate el día.»—

DON VICENTE W. QUEROL

CARTA AL SR. D. PEDRO A. DE ALARCON ACERCA DE LA POESÍA

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos
Entregué al aire vano
En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
Ó al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en árduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fe jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños:
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,